

LAS GLORIAS Y LAS MEMORIAS.

Señoras y señores, queridos amigos,

en este tipo de celebraciones, donde se congrega a varios locos sueltos, y en vez de amonestarlos por perseguir desde el basurero de la discordancia el vuelo de la verdad y la armonía, se premia tan extravagante afán, parece que viene siendo costumbre respetada cederle la palabra para que dé las gracias a aquel de entre ellos que ha elegido precisamente la palabra unas veces como vehículo y otras como instrumento de su manía persecutoria. Y los demás se quedan entre el público -es lo que se estila-, y a ése lo dejan solo para que hable. Solo ante el peligro. En este caso, sola, que ya no es tan frecuente, aunque tengo el ilustre precedente de doña Rosa Chacel.

Acepto, pues, la encomienda en nombre y con permiso de mis compañeros, esperando no tergiversar demasiado lo que imagino que sienten y querrían decir en un trance como éste. Y si no acierto a expresarlo como ellos lo expresarían, que me disculpen, pero creo que estamos en paz. Como contrapartida a la confianza que depositan en la chica de la película y que la ata con deuda de gratitud, deben considerar también que desde que he abierto la boca, los estoy librando y eximiendo a ellos de lanzarse a un ruedo tan resbaladizo como es el de pronunciar un discurso para dar las gracias, sin que suene a monserga convencional o faena de aliño. Aunque solidarios, animosos y dispuestos al vitoreo, son espectadores. Se están limitando a ver qué hago, cómo lo hago, si dejo en buen lugar al equipo y si tengo arrestos o no para ir sorteando airoosamente los escollos de la tarea.

Tarea difícil, sobre todo, porque el extremo opuesto al del tópico -y tan peligroso como él- sería el de dar rienda suelta a una emoción traducida simplemente en llanto. Emoción muy explicable y legítima -al menos en mi caso-, pero que podría dar pie a una interpretación no menos tónica: la que tiende a establecer que las mujeres razonan menos porque lloran más o lloran más porque razonan menos. Y doble verónica hay que inventar para lidiar sin mancharse de sangre el toro de una emoción que se incrementa -aunque ya bien grande era- como el adorno que confiere al caso presente su especificidad ambiental incomparable. Me refiero, como habrán adivinado ustedes, al lugar elegido con tanto acierto como alevosía para servir de teatro a la celebración que aquí nos reúne. Un decorado que no podrá por menos de condicionar mi discurso y añadirle, aunque no quiera, unas gotitas de solemnidad, porque ya se sabe lo que pasa en las iglesias. Y que San Esteban no es una iglesia cualquiera, de esas que no te dan ni frío ni calor.

Trataré, pues, de avanzar, aunque sea desafiando el equilibrio inestable, por el alambre tendido entre los polos del lugar común y el lugar extraordinario, entre la lógica y el balbuceo, entre la sobriedad y la divagación.

Y, naturalmente, nada más socorrido en trance semejante que pedir albergue en el redil del que nunca me ha expulsado nadie, es decir acudir a las palabras mismas y a su entraña, cosa bastante coherente, si bien se mira, ya que mi supuesta destreza en pastorear palabras es lo que, según entiendo, se me premia hoy aquí. Esperemos que el rebaño no se desmande, porque no me gustaría defraudar a la afición.

Pues bien, comoquiera que, fundamentalmente, de dar las gracias se trata, empezaré por jugar con los distintos tornasoles que nos ofrecen la palabra "gracia" y sus derivados. Porque conviene re-

cordar que "agradecer" (nuestro antiguo "gracir"), en su acepción de mostrar gratitud mediante la palabra, vive tabique por medio con su vecina la gracia, entendida como don gratuito de Dios que nos eleva sobrenaturalmente, y con el donaire y despejo de la persona que logra caer en gracia o la tiene. Y todo se entrelaza y viene a cuento en este acto, porque lo que yo intento hacer en mi nombre y en el de mis compañeros es dar las gracias con gracia por un favor inesperado y gratuito. Y la circunstancia de que nos encontremos reunidos bajo las bóvedas de un templo da pie para invocar la gracia del Espíritu Santo en su modalidad de lengua de fuego, que así pintan los artistas a la inspiración. Resonancias religiosas, a fin de cuentas, pueden percibir las en cualquier conmemoración incluso los no creyentes, con tal de que tengan oídos finos. Porque la palabra "religión" es parienta etimológica de re-ligare, o sea volver a atar. Y de eso se trata en las conmemoraciones, de volver a atar cabos para relacionar unas cosas con otras y que recobre sentido lo que andaba disperso y descabalado, de no perder el hilo de la memoria que enciende la palabra y la conecta con el origen y el porqué de lo que se celebra. Religare, claro. ¡A ver si no concuerdan las cosas en la celebración de esta mañana!

Pero el mérito, como están viendo, no es mío, sino del juego mismo que dan las palabras de nuestro idioma castellano, sólo viejo o inservible para los que se empeñan en jubilarlo sin haberlo usado, responsables ellos mismos de esa oxidación que le achacan. Claro que en el pecado llevan la penitencia de su propia avitaminosis y sinsustancia. Son los "analfabetos por desuso", para decirlo con frase de Unamuno, los desdeñosos e indiferentes ante el juego peregrino al que invitan las palabras. Palabras al alcance de la mano si las sabemos buscar, y otras veces escondidas en los repliegues de la memoria ajena, tan ricas en facetas, tan ajustadas a la realidad como a la fantasía, aptas para dar pasto al llanto, a la

diversión y a la sorpresa. Ahora andan algo maleadas, que hay mucho desaprensivo, y no siempre se prestan a la conquista fácil, como tampoco las personas que las han guardado en lo más hondo de su alma, palabras de guardar que se sacan para usarlas a su debido tiempo, que tienen su sazón como las frutas. Las hermosas palabras castellanas que la literatura recogió de la voz del pueblo, archivadas en las arcas de la memoria, sólo se entregan confiadas en manos de quien sabe desdoblarlas con esmero y airearlas con alegría, de quien ha demostrado que disfruta jugando con ellas. Conmigo se vienen a gusto, puedo presumir de ello, de afición a ese juego le echo un pulso a quien se ponga, que no he conocido ahora ni en mi primera juventud fiesta ni lenitivo comparables a combinar palabras recién cogidas del árbol, bien es verdad que entre mi patria chica y mi familia me depararon un huerto generoso. En fin, logoadicta perdida, para qué voy a andar con paliativos a estas alturas, si además ya lo están ustedes viendo. Una viciosa. Claro que algún vicio hay que tener, y el deleite de engolfarse con las palabras no debe ser de los peores, que si no, no habrían hecho santa a Santa Teresa.

Un deleite ~~un~~ iniciado y arraigado en el corazón mismo de Castilla, la tierra que ahora tiene a bien atribuirme como un mérito las palabras que en ella coseché, cuando yo todo lo que hice fue poner a rentar un préstamo que hoy con orgullo y emoción le devuelvo. Porque, como dice el refrán, "el que no es agradecido no es bien nacido". Y yo, ¿cómo voy a ser malnacida, si nací en Salamanca?.

Aquí nací, sí, en la Plaza de los Bandos, bajo la dictadura de Primo de Rivera y el signo de Sagitario, de padre vallisoletano y madre gallega; y aquí aprendí a hablar y me aficioné a buscarle poesía a los refranes que decía sin parar la gente, y conocí siendo muy niña a don Miguel de Unamuno, que era amigo de mi padre y venía por casa. (Que, por cierto, luego cuando estudiaba Letras y veía.

su busto esculpido en piedra negra, al subir las escaleras del Palacio de Anaya, pensaba que lo había conocido vivo y notaba un sobresalto raro). Y aquí hice el bachillerato, y me enamoré por primera vez, y aquí me puse de largo y terminé la carrera, y fui actriz de teatro bajo la dirección de don César Real, y publiqué los primeros versos, trasunto de mis ansias juveniles de volar a otro sitio donde nadie me conociera ni me pidiera cuentas de los pasos que daba; no quería seguir viendo la vida entre visillos. Y sin embargo, ¡cuanto Tormes arrastra todo aquello, cuanta fuerza almacenada en el arco tenso e intrépido de Sagitario, dispuesto a lanzar una flecha que sabe Dios donde iría a clavarse! No me lo preguntaba entonces. "Carpe diem".

Todavía habrá entre los que me escuchan quien recuerde a la hija pequeña del notario de la Plaza de los Bandos, mucho más insensata, desordenada e irrespetuosa que la mayor, donde va a parar, morenita ella, poca cosa de cuerpo, sí, mujer, ¿no te acuerdas?, la llamaban "lo que el viento se llevó", porque una vez la tumbó el aire que venía enfilado por el Palacio del Obispo, andaba siempre vestida de cualquier manera, dando vueltas a la Plaza con chicos de gafas, ninguno de los cuales era su novio, ¡habrase visto mayor escándalo!, y se iban de vinos al Lampi y a estudiar juntos por los cafés y a remar al Tormes en cuanto llegaban los primeros atisbos de primavera, escapar por la brecha del río, ¡gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus!.

Y mientras las señoras bienpensantes le advertían a mi madre que mujer que sabe latín no puede tener buen fin, yo, imbuida por el "carpe diem" y sin dejarme amilanar por aquellas voces agoreras, desenfundaba gozosamente la pluma para cantar el deshielo inminente del río.

Vivid la espera.
 El aire con sus manos florecidas
 soltará un día el hielo dulcemente
 -canción de espuma alborotada y libre
 en pedazos fundidos vida abajo-.
 Y a tí vendrá a empujarte,
 triste barca olvidada de la orilla.

De comienzos de 1947 es esta poesía, la primera mía que ví publicada en la revista "Trabajos y días". Se titulaba "La barca nevada", y si, a pesar de que es bastante mala, la he traído a cuento es a causa de un detalle muy emocionante que la encaja como de molde en el cuento presente y la convierte en piedra preciosa para adornarlo. La tal poesía estaba inspirada en una fotografía del mismo título que recogía la imagen de una barca inmóvil, prisionera entre los hielos del Tormes. Su autor, un joven fotógrafo de El Adelanto, Pepe Núñez, es uno de los premiados hoy conmigo en este acto, que luego dirán que los novelistas nos inventamos casualidades. Pido un aplauso para él.

Para reparar en estas casualidades -de las que la vida está tan llena o más que una novela, aunque a veces las esconda en los repliegues más inesperados- basta con llevar perpetuamente encendido el piloto de la atención, es decir con estar uno "en lo que celebra", frase que enlaza de nuevo con lo de coger el hilo y que antes se les decía mucho a los niños distraídos ("¡ay hijo, por Dios, no estás en lo que celebras!") Hoy ha caído en desuso casi totalmente. No sé si porque la distracción se admite ya como una plaga que ha contagiado a quienes podrían poner sobre aviso a los demás o simplemente porque no se celebra nada, a pesar de los festejos megalómanos con que se pretende conmemorar algunas fechas. Corre el dinero de las celebraciones, pero de poco sirve si no se transmite a través de ellas el sentimiento religioso (de re-anudación) que las originó, si se ha perdido la saludable costumbre de re-la-

cionar, de enhebrar el ayer con el hoy. Olvidado este motivo, es decir, rotos los lazos que mantenían unidos a los celebrantes, el acto se profana, se vacía de sentido re-ligioso, con-memorativo. Y, por supuesto, de calor humano.

"Acordar, poner de acuerdo, recordar, hacer que las cosas concuerden. El lenguaje es muy sabio, porque todas estas palabras tienen raíz cordial -escribí en "El cuento de nunca acabar"- . El hilo que nos sirve para coser las historias de ayer con las de hoy y las propias con las ajenas se ovilla en el corazón. Menuda taquicardia cuando se enreda ese ovillo. Cuando no somos capaces de poner de acuerdo ni de recordar, la sangre fluye atropellada, vamos de mareo en mareo, de tumbo en tumbo, se ha averiado la brújula del corazón."

Hoy, cada vez más, la vida en su dimensión de profundidad ha venido siendo sustituida por un vector horizontal, rasante, que apenas roza la superficie de las cosas y cuyas presuntas excelencias aumentan en razón directa con el aumento de velocidad, la diosa del momento. Una diosa profana, escandalosa, falaz encubridora de vacío, diosa tiránica y competitiva que ciega toda capacidad de concentración e impide sistemáticamente al viajero, al amante, al estudioso, al que llora una desgracia o al participante en cualquier festejo "estar en lo que celebra". Porque borra la memoria, porque anula el contacto sensual y demorado no sólo con las cosas sino también con las palabras que las designan.

Robert Louis Stevenson decía que un hombre tiene que ser capaz de pasarse dos o tres horas esperando un tren en la estación de un pueblo perdido, solo, sin nada que leer, y no aburrirse ni un momento, entretenido con las mismas palabras que se dice para hacer que concuerde lo que ve con los ojos reales y lo que esas imágenes provocan en su fantasía. Pero hoy las palabras se han convertido en algo abstracto, en juguetes deslucidos.

Y sin embargo su historia es un manantial inagotable, la única clave para seguirle el rastro a la mudanza de las ideas. Los griegos, por ejemplo, no conocían la palabra arte sino "techné", destreza, adiestramiento. No distinguían entre la gracia y la eficacia, no había desconexión entre el organismo humano y las cosas que manejaba o manipulaba -que viene de "mano"-; la destreza derivaba de una lidia directa con los objetos. Ahora, con el incremento de la civilización tecnológica, hay un divorcio entre "techné" y artesanía. Y le miran a uno raro porque sigue escribiendo a mano y decorando sus cuadernos o porque encuentra inspiración en ese mismo desorden con que surgen los pensamientos y se niega a consentir que una máquina se los ordene. La destreza se confunde con el entender y controlar el proceso de las máquinas, su velocidad, su fiebre. Son ellas las que -según me cuentan- almacenan la memoria, aunque a veces se sientan aquejadas por extrañas e imprevisibles enfermedades. Pero no creo que consigan inyectar en el hombre que ha delegado en ellas y las manipula el estímulo por re-anudar, por volver a mirar las cosas como por vez primera ni el placer de habitar el tiempo, de "estar en lo que se celebra".

Terminaré diciendo que para mí este premio, aparte de la sorpresa y el gozo que me ha producido, me compromete a renovar la fé que han puesto en mí mis paisanos, a seguir en la brecha abierta y vigilante del lenguaje. Más que un trofeo, lo considero un abono, un choque vitamínico que me obliga a no dormirme en los laureles. Porque, como decía mi abuela paterna, una señora muy sentenciosa, "no vaya a ser, hija mía, que con las glorias se te vayan las memorias". Pues no, procuraré que no se me vayan nunca las memorias, y menos la de un día tan hermoso y emocionante como éste.

Y con lo dicho, no canso más. De nuevo, y de todo corazón, muchas gracias.

Carmen M. Poite
abril de 1992.